

CAPITULO XVII.

De lo que obró Fr. Juan de las Varillas en la mision á que le envió Cortés á Chiapa con el capitan Luis Marin.

Ya estaba Fr. Juan de las Varillas bien instruido de su maestro Fr. Bartolomé, y le asistia muy bien en predicar el Evangelio y enseñar la doctrina cristiana á los indios; y viéndolo ya tan diestro el capitan Fernando Cortés; tuvo noticia que la provincia de Chiapa estaba muy alborotada, y tratando de enviar persona á conquistarla y pacificarla, determinó que fuera á ésta faccion el capitan Luis Marin, de quien tenia Cortés bastante satisfaccion, y envió en su compañía al P. Fr. Juan; así para que le acompañase, como para que tuviesen los de

nuestro ejército un padre espiritual que les administrase y tambien para que convirtiese á los indios á nuestra santa fé católica, y les predicase y confesase cuando se ofreciese, y los bautizase cuando estuvieran reducidos.

Yendo pues éste camino de Chiapa, les salió al encuentro un grande ejército de indios chapaneas que les dieron una gran batalla, tanto que juzgaron no quedarse vivo ninguno de nuestro ejército español, y viéndolos Fr. Juan que casi desmayaban, porque se reconocian rendidos, heridos y lastimados, los animó con valeroso espíritu diciéndoles que no desmayasen, que la demanda que llevaban era santa, en servicio de Dios y del Rey para introducir en estos reinos nuestra santa fé católica y que Dios y el César les habia de premiar sus trabajos; y fué tan eficaz la palabra de este gran varon que penetró los corazones de los soldados, y les infundió tan valiente esfuerzo, que entónces acometieron tan fuertes, que á breves lances venció nuestro ejército al numeroso escuadron de los indios, y se rindieron luego, dando la obediencia al capitan en nombre de nuestro Emperador Carlos V. de que se puede ver la importancia que hubo en que Fr. Juan fuese en ésta ocasion en nuestro ejército, pues sus animosos alientos

que infundió á los soldados hicieron conseguir tan glorioso trofeo.

Prosiguieron su camino y entrando en el pueblo de Chamula, (1) que está poco ántes de la ciudad de Chiapa, hallaron en él muchos ídolos en los Cues, que eran de muy malas y abominables figuras, y al punto que Fr. Juan los vió, no pudo sufrir tan torpe abominacion, y los arrojó al suelo, y los quebró con espíritu valiente; y luego vinieron estos indios con otros pueblos y se rindieron de paz dando la obediencia á su Majestad de nuestro soberano Emperador, con todo rendimiento y amor; y viéndolos Fr. Juan tan voluntariamente reducidos, trató luego de dar gracias á Dios por el feliz suceso que habian conseguido, y les dijo misa confesando á los sol

(1) Pueblo del Distrito del centro, partido de Las Casas, departamento de Chiapas. Es de los más antiguos del departamento que hizo frente á los españoles cuando se presentaron para conquistarlo. Después de la venida de Mazariegos se reunieron en él tres pueblos, según el P. Remesal. Se halla al Noreste de la ciudad de S. Cristóbal á distancia de dos leguas, y su temperamento es frio y húmedo, más benéfico á las mugeres que á los hombres. Es de los más poblados, por cuyo motivo tiene ayuntamiento, y sus habitantes residen diseminados en milperias á mas ó ménos distancia de su pueblo. Su ocupacion es el comercio, la agricultura y la industria, su lengua es la zozitl. Se cree que su nombre tuvo origen de la palabra Chamulli, que en lengua mexicana significa plumas encarnadas, ya sea por las contribuciones que pagaban al imperio mexicano cuando pertenecía á él ó por otras causas análogas que se ignoran (Ap. al Dicc. de historia y de geografía de México 1855)

dados nuestros, y predicó un muy buen sermón á los indios en su lengua que la sabia muy bien, de que se alegraron ellos sumamente (porque es grande cariño para los indios, el que se les hable en su idioma, y se consigue con ellos de ésta suerte cuanto se pretende) y adoraron la Santa Cruz queriéndose bautizar desde luego, y le cobraron grande amor y voluntad al P. Fr. Juan.

Continuaba sus sermones á los indios explicándoles la doctrina cristiana, y dándoles á entender que su intento y el de nuestro monarca Carlos V. y en su nombre sus capitanes, no era hacerles mal, ni quitarles absolutamente su reino ni sus haciendas, sino sólo reducirlos á una obediencia de emperador y sacarlos de aquellas vanas supersticiones y sacrificios que hacian adorando al demonio que estaba en sus ídolos, y procurando que adorásen á Nuestro Dios verdadero, y que entendiesen y abrazasen los misterios de Nuestra Santa Madre la Iglesia para que salvarsen sus almas; para lo cual en este pueblo de Chamula les puso un altar de la Santa Cruz, y una Imágen de Nuestra Señora la Virgen María, y les dió á entender quien era ésta Señora, y por qué la adoráramos los cristianos, y tambien por qué adoramos la Santa Cruz; y

es cierto que la persuasiva del Padre era tal, y como la decia en su lengua de aquellos indios, que fácilmente los reducía; y así luego al punto pidieron el bautismo algunos de ellos y bautizó quince indios de aquel pueblo; y decia Fr. Juan que los indios de aquel pueblo de Chamula habian de ser buenos católicos, por el amor con que recibían la palabra de Dios, y cuan bien asentaba en sus corazones. Con esto y habiendo pacificado aquella tierra se volvieron á México, á dar cuenta á su general Fernando Cortés de su legacia y los felices sucesos de ella en lo espiritual y temporal; y el Padre Fr. Juan la dió á su venerable maestro Fr. Baltolomé de Olmedo refiriéndole todo lo sucedido, de que el Sto. Varon se alegró con mucha ternura y le dió las debidas gracias por ella.

CAPITULO XVIII.

Del viaje que hizo Fr. Juan de las Varillas á Honduras y Trujillo en compañía de Cortés y de lo que en él obró.

Proseguia Fr. Juan en sus conversiones en México ayudando á su querido amigo y Padre Fr. Bartolomé por aliviarle en su vejez, y en sus enfermedades: Y habiendo llegado noticia á México de una conspiracion que se habia hecho en Honduras de nuestros soldados y capitan, trató luego al punto Cortés de ponerse en camino para apaciguarlos, y atajar el daño que amenazaba á toda la tierra si no se curaba el cáncer contagioso que habia empezado, y para ello llevó consigo á Fr. Juan de las Varillas, porque como Fr. Bartolomé estaba ya tan cansado, así

de trabajos como de caminos, no pudo acompañarlo, así hubo de llevar á Fr. Juan para que le aconsejase, y confesase cuando fuera necesario como lo hacia Fr. Bartolomé, cuando podia asistirle.

Yendo por este camino llevaba ¡Cortés en su ejército á Guatemuz Rey y Señor de México, que lo era cuando se ganó la tierra, y desde entónces, no le permitió Cortés que se apartase de su vista, porque era muy belicoso y siempre se debia presumir, que cuando pudiese, habia de intentar alguna traicion para levantarse con el reino y matar á los españoles; llevaba tambien consigo à su primo de Guatemuz el Señor de Tacuba, que tambien era de grandes alientos; en el camino los trataba Cortés con todo cariño y estimacion, como lo merecian siendo Señores naturales de esta tierra; y como estos llevaban sus familias de indios criados que les asistian con la grandeza que pedian sus personas; y à Cortés le sucedia muchos trabajos de hambres y descaminos, ya por lo montuoso de la tierra, ya por lo insondable de los rios, que à cada paso encontraban, le pareció al Guatemuz, que nuestro ejército iba flaco, y desmayado, y que no seria difícil el rendirlo, y con su primo y los demás de sus familias intentó dejar que se fatigasen los

españoles, y cuando llegasen á descansar caerian rendidos de lo penoso del camino y entónces los matarian y cojerian los despojos y se volverian á reinar en su dilatada tierra de México.

Pero como Dios no se descuida en su soberana Providencia, dispuso que esta traicion se descubriese, y mandó Cortés al punto que á los dos primos los ahorcasen de dos árboles en el mismo camino. Luego que lo supo el Padre Fr. Juan, trató de exhortarlos al conocimiento de nuestra santa fé católica y darles á entender lo que importaba para la salvacion de sus almas el que se bautizasen de todo corazon y que muriesen como cristianos: y como ellos estaban ya muy enterados en nuestra ley, y habian visto tantos como se habian bautizado, y muchas cosas de nuestras ceremonias eclesiasticas, y eran ellos de buen talento y capacidad, fué facil el persuadirlos, tanto que pidieron el santo bautismo, y se los dió el Padre Fr. Juan, y los confesó y exhortó á que muriesen como cristianos, y así murieron; dejando por una parte muy lastimados á los de nuestro ejército, viendo la desgracia de unos Reyes y Señores, y que siéndolo muriesen tan afrentosamente; y por otra parte muy edificados de su buena resignacion, pues al mejor tiempo supieron aprovechar el conocimien-

to de nuestra santa fé y del verdadero Dios. Todo se lo debió á la energía y palabras de Fr. Juan de las Varillas, que tan suavemente les persuadió al conocimiento de la verdad.

Después de esto llegó Cortés con su ejército, al puerto de Trujillo, y en él pacificó los indios y los redujo á la obediencia del emperador; y viéndolos ya reducidos, comenzó Fr. Juan á predicarles en su lengua y á explicarles nuestra verdadera ley, exhortándolos con grande eficacia á que la abrazasen y siguiesen, y que dejasen sus vanas supersticiones, y la adoración á sus falsas dioses, y que solo adorasen á Nuestro Señor Jesucristo; y que para esto se bautizasen, como lo hicieron muchos de ellos; y se empezó de esta suerte á introducir en este pueblo nuestra santa fé católica.

De allí á algunos dias tuvo noticia Cortés por un navie que llegó á Honduras, de la isla de Cuba, de cómo se habian alzado los gobernadores que dejó en México, y tratando de venir para poner el remedio que necesitaba la materia, le pareció que seria más breve y más seguro el viaje, por el mar, viniendo á tomar puerto á la Veracruz; y como Fr. Juan le asistia por confesor y compañero, para haberse de embarcar, dijo misa del Espíritu Santo haciendo una proce-

sion, y en ella rogativa á Nuestro Señor y á la Virgen Santísima pidiéndole el buen suceso de la navegacion, y así lo tuvo milagroso, pues luego que se hicieron á la vela, arribó el navío, otra vez al puerto; conociendo Cortés, que no le estaba bien el hacer este viaje de esta suerte, pues es cierto que siendo á través la que se debía de hacer de un puerto á otro, corria mucho peligro en el naufragio que le amenazaba, y así se resolvieron á venir á México por tierra, y lo hicieron con feliz viaje debiéndose este buen suceso á las oraciones de Fr. Juan de las Varillas. (1)

(1) Para aclarar este párrafo del P. Pareja trasladamos lo que Cortés escribía á Carlos V. en su carta 5.^a fechada á 3 de Setiembre de 1526 y publicada en el I. Tomo de la Biblioteca histórica de la Iberia por Escalante 1870 dice. "á 25 dias del mes de Abril (1523) hice mi camino por la mar en aquellos tres navios y traje tan buen tiempo, que en cuatro dias llegué hasta 150 leguas del puerto de Chalchicuela, así llamaban los indios á Veracruz y allí me dió un vander muy recio que no me dejó pasar adelante, y creyendo que amenazara, me tuve á la mar un dia y una noche, y fué tanto el tiempo que me deshacia los navios y fué forzado arribar á la isla de Cuba, y en seis dias tomé el puerto de la Habana, donde salte en tierra.... me detuve allí diez dias.... y me parti á 16 dias del mes de Mayo;... y en ocho dias llegué al puerto de Chalchicuela y no pude entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo y surgi dos leguas del ya casi noche y con un bergantín que topé perdido por la mar y en la barca de mi navio sali aquella noche á tierra y fui á pié á la villa de Medellín que está cuatro leguas de donde yo desembarqué sin ser sentido de nadie de los del pueblo y fui á la iglesia á dar gracias á N. S... y por descansar del trabajo del camino estuve en aquella villa once dias y de allí me parti para esta ciudad y estuve en el camino quince dias.

En esta ocasion instaba Fr. Juan á este viaje porque entónces fué cuando el Lic. Alonso de Zuaro, avisó á Cortés las novedades que habia en México y entre ellas la muerte del venerable Padre Fr. Bartolomé de Olmedo, como queda dicho en el capítulo XIII; y deseaba mucho Fr. Juan volver á México, para ver lo que habia dejado ordenado Fr. Bartolomé y si habia alguna cosa que ejecutar, para hacerlo como buen hijo y discípulo que habia heredado su espíritu; y tambien por saber si habian venido de España más religiosos de su religion para fundarla en esta Nueva España, segun lo que se habia tratado entre los dos al tiempo de despedirse de él Fr. Juan; para su viaje á Honduras.

Con este deseo llegó Fr. Juan á México en compañía de Cortés, y no halló novedad de Fr. Bartolomé, más de la que ya sabian de su buena muerte; y como hallaron las otras novedades de la conjuracion de los gobernadores, trató luego Cortés de embarcarse para España, á dar cuenta á su Magestad de todo lo sucedido en este reino; y entónces deseó llevar consigo á Fr. Juan porque era grandísimo el afecto y cariño de Cortés á nuestra religion; y no se hallaba sin que le asistiese algun religioso de la Merced; y

como Fr. Juan reconoció la falta que haría en este reino, porque aunque estaban ya en él los religiosos de mi Padre S. Francisco y de su encendido espíritu y ardiente zelo se podia fiar un mundo entero, eran muy recien venidos á ésta tierra, y no podian tener la expedicion que necesitaban las materias en las conversiones de indios y pacificacion de los españoles que ya se habian empezado á turbar; se determinó el quedarse en México, aunque fué acompañándolo hasta la Veracruz y allí le confesó y comulgó para embarcarse, como lo hizo muy consolado, por lo mucho que Fr. Juan lo alentó con sus avisos y consejos.

Hasta aquí habla nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo, de nuestro Fr. Juan de las Varillas, y no lo vuelve á mentar en toda su historia, con que no se sabe lo demás que obró en ésta Nueva España, ni donde y cuando murió; pero se deja entender que proseguiria en su santo ministerio de sus conversiones, y que llegaría el tiempo preciso de morir y sería su muerte como habia sido su vida, toda empleada en el servicio de Dios y amor del prójimo, ocupándose sólo en catequizar indios, explicarles y enseñarles la doctrina cristiana, bautizarlos y agregarlos al gremio de Nuestra Santa Madre la I-

glesia, y que debemos creer que le premiaria Dios éstos cuidados y trabajos, con llevar su alma á que le gozase en la bien aventuranza, aunque su cuerpo quedase sin que se supiese de él como de otro Moisés de quien permitió Dios que ninguno supiese de su sepulcro, hasta que su Divina Majestad fuese servido de manifestarlo al mundo.

CAPITULO XIX.

De la venida á éste reino de doce religiosos de Nuestra Señora de la Merced, y su resulta.

Habiéndose rebelado contra Cortés los gobernadores que dejó en México cuando fué á la pacificación de Honduras, y vuelto á México, donde se halló sin recurso, no queriendo para ello tomar las armas, por no alborotar el reino que tanto le habia costado el ganarlo, trató Cortés (como queda dicho en el capítulo antecedente) de irse á los pies de nuestro soberano emperador Carlos V, para darle más ciertas noticias, así del grande imperio que le habia conquistado y agregado á su corona, como de lo que despues de ésta victoriase habia usado con él, no sólo por